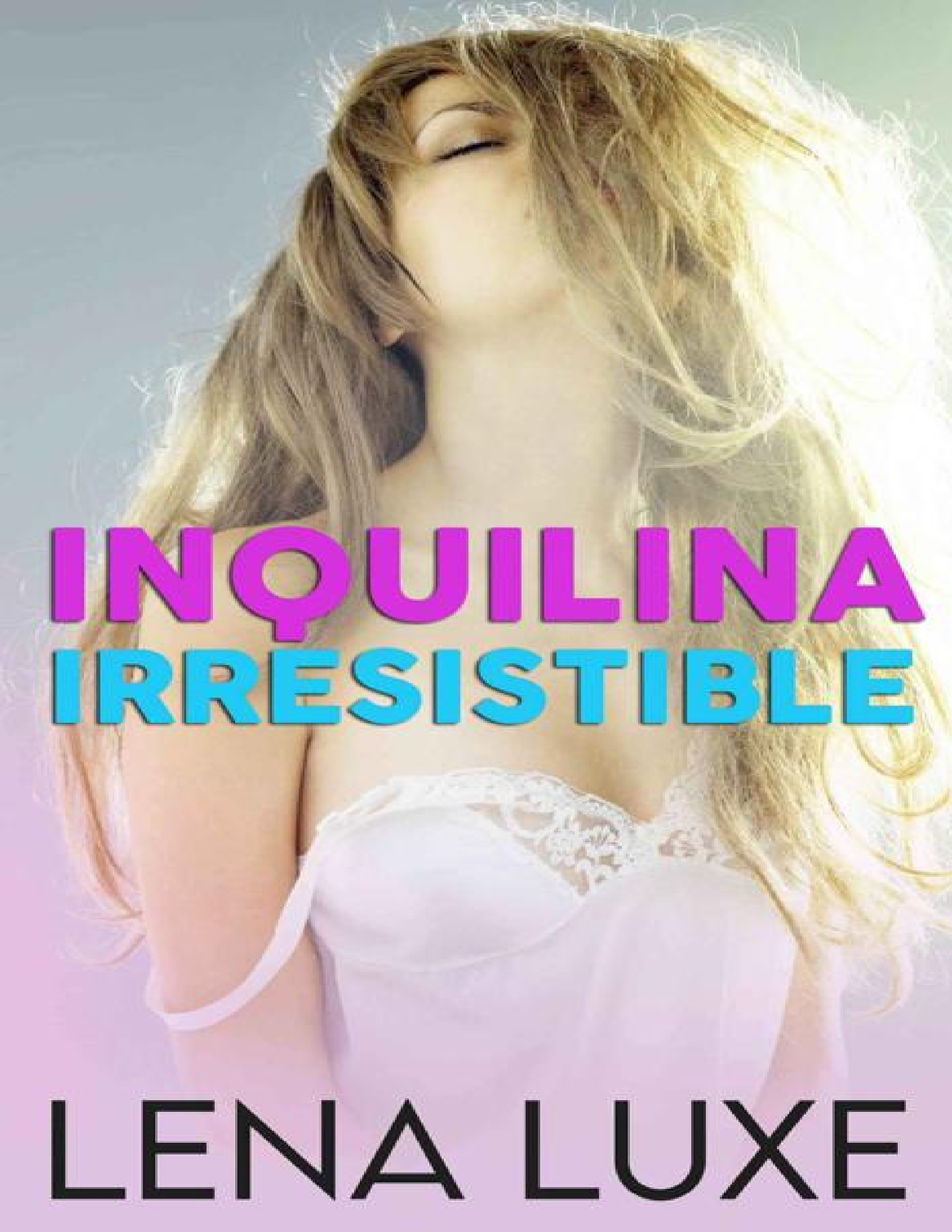




INQUILINA **IRRESISTIBLE**

LENA LUXE

**INQUILINA
IRRESISTIBLE**

LENA LUXE

Contenido

[CRÉDITOS](#)

[Trigger](#)

[Sinopsis](#)

[INQUILINA IRRESISTIBLE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[Contacto](#)

[Otros títulos](#)

INQUILINA IRRESISTIBLE

Primera edición: Abril 2024

Copyright © Lena Luxe, 2024

Todos los derechos reservados. Los personajes y hechos que se relatan en esta historia son ficticios. Cualquier similitud con personas o situaciones reales sería totalmente casual y no intencionada por parte de la autora.

Quedan prohibidos, sin la autorización expresa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea eléctrico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

Los relatos de Lena Luxe incluyen contenido de carácter sexual y lenguaje explícito.
Son solo para adultos.

SINOPSIS

Raquel es una universitaria en apuros. Sus exámenes de matemáticas están a la vuelta de la esquina y tiene dificultades para pagar el alquiler.

Emilio es su atractivo casero, un hombre maduro que no duda en visitarla para reclamar los pagos y buscar una solución al problema...lo más civilizada posible.

Raquel decide seducirlo para ganarse sus favores, pero pronto descubrirá que quedarse en ese apartamento no es lo único que la motiva para subirse a su regazo. Tal vez Emilio sea el único hombre que puede proporcionarle la disciplina que necesita.

Y hasta ahora no sabía cuánto la necesita...

**INQUILINA
IRRESISTIBLE**

LENA LUXE

CAPÍTULO 1

El sonido insistente de la puerta me desvió de mi concentración frente al ordenador. Mis dedos se quedaron suspendidos sobre el teclado mientras me ubicaba.

Llevaba horas con la mente enredada en un complejo problema matemático. Esa era la carrera que estudiaba, matemáticas; y había tenido la suerte de encontrar un apartamento silencioso que me permitía concentrarme y dedicar mucho tiempo a mis estudios.

Me levanté y me estiré como un felino.

—¿Quién será a estas horas? —me preguntaba, mientras dejaba el trabajo a medio hacer y me dirigía a la puerta.

Al abrir, me encontré con la figura de mi casero, Emilio, un hombre de aspecto serio pero muy atractivo a sus cuarenta y tantos años.

Su inesperada presencia me puso inmediatamente en alerta, y un nudo de ansiedad se formó en mi estómago. ¿Habría algún problema con el apartamento? No estaba lista para lidiar con más contratiempos, sobre todo ahora que apenas podía llegar a fin de mes.

—Qué sorpresa, Emilio... —lo saludé con una sonrisa nerviosa, tratando de ocultar mi preocupación. Nos habíamos visto pocas veces, pero recordaba muy bien que me había dicho que podía llamarlo por su nombre de pila.

Estaba un poco más serio de lo habitual.

—Raquel, necesito hablar contigo. Espero no molestarte. ¿Es un buen momento?

Lo invité a entrar y nos sentamos en el pequeño espacio de la sala de estar. Mis manos se retorcían ansiosamente en mi regazo mientras esperaba a escuchar lo que tenía que decir, probablemente una mala noticia, dada la solemnidad.

—Lo siento, pero ha llegado el momento de tener una conversación difícil —comenzó, con un tono cauteloso pero firme.

Mi corazón comenzó a latir más rápido, anticipando lo que estaba por venir. ¿Estaba a punto de desalojarme? Era el peor momento, dos semanas antes de los exámenes...

—Supongo que eres consciente de que has estado teniendo dificultades para pagar el alquiler últimamente —continuó—. Retrasos constantes, cantidades erróneas...Y aunque hemos sido pacientes contigo, la verdad es que no puedo permitirme esos pagos irregulares por mucho más tiempo.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Sentí cómo la ansiedad se apoderaba de mí, amenazando con abrumarme por completo. Me estaba echando. ¿Dónde iba a ir? No había alternativas. No tenía suficiente dinero para un depósito en otro lugar, y ni siquiera para pagar el alquiler del próximo mes aquí; aunque eso, por supuesto, no podía decírselo.

Traté de mantener la compostura mientras luchaba contra las lágrimas, que amenazaban con brotar de mis ojos. —Por favor, Emilio, déjame encontrar una solución. Haré lo que sea necesario para quedarme aquí—, supliqué, con mi voz apenas convertida en un susurro.

El casero suspiró. No tenía demasiada esperanza de que mis lágrimas lo ablandaran, ni tampoco lo pretendía, pero vi cómo mi angustia palpable hacían que su expresión se suavizara ligeramente.

—Raquel, lo siento mucho, de verdad...pero la situación es complicada. Necesito una solución viable pronto.

Con el corazón en la garganta, asentí con resignación. Sabía que tenía que idear un plan rápido si quería quedarme en aquel sitio. Me gustaba la casa, el edificio y el barrio. La combinación de transporte me iba perfecta para ir a clase y los vecinos eran bastante silenciosos, algo cada vez más difícil de encontrar.

Me quedé en silencio mientras Emilio explicaba los irrelevantes —para mí— detalles de la situación financiera del edificio, y las presiones a las que se enfrentaba como propietario. Mientras hablaba, mi mente daba vueltas mientras intentaba encontrar una solución.

Pero en el fondo, sabía que mis opciones eran limitadas. No tenía familia a la que recurrir, y mis amigos estaban en la misma situación que yo, apenas sobreviviendo con sus propias deudas de estudiante y trabajos a tiempo parcial.

Hacía dos meses que había perdido mi trabajo en de fines de semana en una heladería y aún no había encontrado nada que pudiese combinar con las clases.

Cuando el casero finalmente se despidió y se fue, me encontré sola en casa, enfrentándome a la cruda la realidad de mi situación. En el fondo sabía que ese momento iba a llegar.

Las lágrimas finalmente se desataron, rodando por mis mejillas mientras me estiraba en el sofá, abrumada por la incertidumbre de mi futuro.

Pasaron horas antes de que pudiese reunir la fuerza para levantarme y enfrentarme a la realidad. Pero una vez que lo hice, supe lo que debía hacer. Si quería quedarme en este lugar, tendría que ser creativa. Debía encontrar una manera de persuadir a Emilio de que me dejara quedarme, costara lo que costara.

Pero el estrés de aquella inesperada situación no había desviado una cosa obvia: siempre había encontrado a mi casero muy atractivo.

En mi día a día tengo poco tiempo para hombres. Estoy totalmente concentrada en terminar mis estudios de una vez y encontrar un trabajo decente. Ni siquiera me llaman la atención mis compañeros de clase, a pesar de que me proponen citas a menudo. Lo cierto es que me gustan algo mayores que yo. Más...experimentados.

Y él...tenía algo. Me gustó desde el primer momento en que lo vi. Obviamente lo aparté de mi pensamiento enseguida. La diferencia de edad era algo que me tiraba para atrás, porque seguramente eran algo más de veinte años. Tampoco sabía si estaba casado, aunque lo suponía, porque algunas veces hablaba en plural, pero nunca hacía referencia explícita a su esposa.

No podía volver así como así a mi problema de matemáticas después de aquella visita. Regresé al sofá me quedé tumbada un buen rato perdida en mis pensamientos —o más bien, en mis inminentes complicaciones—, incapaz de retomar los libros.

¿Cómo podría convencerlo de que me dejase quedarme?

El calor de mis mejillas, encendidas por las lágrimas y por mis palpitaciones, me dio una pista contundente. Era una idea arriesgada...pero en ese momento parecía ser mi única opción.

Decidí que tenía que usar mis encantos para persuadirlo.

Iba a seducirlo.

Después de todo, ¿qué hombre se mantendría firme ante una jovencita atractiva dispuesta a cualquier cosa por conservar aquel apartamento?

CAPÍTULO 2

Ese día me había puesto mi conjunto de lencería más seductor —de hecho, el único que tenía no apto para ir al gimnasio— junto con un vestido ajustado que resaltaba mis curvas y mis mejores atributos.

Mis amigas me comparan a veces con la actriz Sydney Sweeny. Rubia, con una melena larga y desordenada, un cuerpo menudo y atlético y unos pechos contundentes. Tristemente, todavía me encuentro con gente que no se cree que en mi día a día me dedique a estudiar matemáticas.

Me aseguré de que mi melena cayese en ondas suaves sobre los hombros y de que mi maquillaje discreto realzase mis ojos verdes.

Ese era el día. El segundo asalto de Emilio. Y yo seguía retrasándome con mis pagos, así que entendía que esa mañana vendría para hablar “mucho más en serio”. Al menos ese día había sido yo quien le había citado y pude prepararme.

Cuando sonó el timbre, mi corazón latía con fuerza. Abrí la puerta con una sonrisa radiante, esperando que mi apariencia tuviera el efecto deseado en Emilio. El día anterior me había pillado con la guardia baja, vestida con unos *leggings* y una vieja camiseta gigante.

—Raquel, ¿qué tal todo? —me preguntó, claramente sorprendido por mi cambio de aspecto.

—Emilio, pasa, por favor —le dije, tratando de aportar un poco de entusiasmo a mi voz mientras trataba de controlar un mechón de mi cabello—. Creí que podríamos tener una conversación más...privada. Sobre mi situación.

No se movió de la puerta.

Pero yo iba a ir al grano. Lo tenía muy claro.

Sus ojos se estrecharon ligeramente, como si tratase de descifrar mis intenciones. Era evidente que hacía un esfuerzo por no repasar mis curvas una y otra vez.

—¿Privada? —repitió, intrigado.

—Eso es —respondí, inclinándome un poco para ofrecerle una vista completa de mi escote. Por suerte era bastante más alto que yo y no tendría problema para contemplar mis apetitosas tetas—. Tengo alguna idea sobre cómo puedo resolver nuestros problemas, si estás dispuesto a escucharme.

Parecía sorprendido por mi sugerencia, pero por fin se movió y dio un paso adelante.

—Supongo que podemos hablar dentro —dijo, señalando el salón.

Sonreí triunfalmente mientras lo seguía, sabiendo que había ganado mi oportunidad para persuadirlo de que me dejara quedarme. Este juego de seducción era mi última esperanza, y estaba dispuesta a jugarlo hasta el final.

Una vez dentro, me aseguré de mantener mi actitud seductora mientras nos sentábamos en el sofá. Cruzando las piernas elegantemente, dejé que mi vestido subiera un poco más de lo necesario, sabiendo que cada pequeño gesto contaba.

—Entonces, Emilio, ¿qué piensas hacer conmigo?— pregunté con voz suave, mirándolo directamente a los ojos.

Él me observó, sorprendido por mi audacia.

—Raquel, necesito que entiendas que esto no es solo un problema para ti, sino también para mí. Tengo que asegurarme de que el edificio siga funcionando de manera adecuada. Como ya sabes, tengo otros dos apartamentos alquilados aquí, y tener una deferencia contigo y hacer la vista gorda implicaría que el resto de inquilinos podrían quejarse, o incluso dejar de pagar. Y eso ya me pondría las cosas muy complicadas.

Asentí con comprensión, aunque mi mente estaba trabajando a toda velocidad, buscando la mejor manera de ablandarlo.

—Ya. Lo sé. Y estoy dispuesta a hacer todo lo que sea necesario para resolverlo. Después de todo, no quiero irme de aquí. Pero, verás, los exámenes están a la vuelta de la esquina, y no puedo permitirme suspender ni una sola asignatura. Y ahora mismo no hay nadie que me pueda hacer un préstamo.

Una sonrisa sutil cruzó su rostro, como si estuviera intrigado por mi determinación.

—Entiendo tu situación, Raquel. Pero yo necesito una solución realista y viable.

Había llegado el momento. Decidí que era la hora de subir la apuesta. Me incliné hacia él despacio, acercándome a su rostro mientras él mantenía su mirada fija en la mía. Para mí era clave observar su reacción, ver si estaba tan receptivo como yo.

Me perdí en aquellos ojos grisáceos, y me encantó observar cómo su boca se entreabría, como si empezara a faltarle el oxígeno.

—¿Y si te dijera que tengo una solución que podría beneficiarnos a ambos? —le susurré, dejando que mi aliento rozara suavemente su piel.

Emilio tragó saliva de una manera bastante ostensible, como si mi cercanía empezase a afectarle demasiado.

—¿Una solución que nos beneficie a ambos? —repitió, con la voz un poco ronca. Creí percibir ya el deseo que me transmitía con la mirada desde que abrí la puerta.

Asentí despacio. Estaba ganando terreno. Poco a poco. No estaba siendo tan fácil como creía.

—Exacto. Pero tendrías que estar dispuesto a ser...flexible —insinué, arrastrando un poco las palabras para que colgasen entre nosotros, ocultando una promesa.

Por un momento, Emilio pareció debatirse internamente. Sus ojos oscilaban ya con muy poco disimulo entre mis ojos y mis labios. Finalmente, dejó escapar el aire con un pequeño suspiro.

—Supongo que estoy dispuesto a escuchar tus propuestas, Raquel.

Una pequeña victoria que hizo que una sonrisa victoriosa curvase mis labios. No solo sentía que esa era mi única oportunidad para quedarme sino que estaba ya tan excitada que el asunto del apartamento pasaba, por momentos, a un segundo plano. Lo deseaba. Mucho. Quería tirármelo, allí mismo, en aquel sofá cochambroso. El problema era que iba a tener que ser más explícita. Emilio era un caballero. Él no iba a hacer ningún avance si yo no lanzaba la primera, de eso estaba convencida.

Mantuve mi mirada fija en la suya, permitiendo que una chispa traviesa brillara en mis ojos verdes.

—Bueno, Emilio, como decía, estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para resolver este problema —dije, con un tono sugerente.

—¿Qué tienes en mente exactamente?

Estaba flipando. Quería que se lo dijese con la máxima claridad.

—Podríamos...negociar un acuerdo.

Me incliné un poco más, casi eliminando por completo la distancia entre nosotros. Esa cercanía ya no tenía ningún sentido, estaba fuera de todos los parámetros de cortesía entre casero e inquilina, entre dos adultos que apenas se conocen.

Es más, mi mano ya rozaba ligeramente su rodilla. Él se estremeció con mi toque.

—Un...acuerdo —su voz ahora era un poco más áspera.

Asentí con una sonrisa traviesa.

—Sí. Un acuerdo. Tengo habilidades y talentos que podrían ser de tu interés.

Él me miró intrigado, pero aún cauteloso.

—¿A qué tipo de habilidades te refieres, Raquel?

Me incliné un poco sobre su cuello, dejando que mi aliento cálido y húmedo acariciase su cuello.

—Podría...ofrecerte...ciertas compensaciones.

Mis labios lo rozaron.

Y su pulso se aceleró.

—Esto no es...apropiado —protestó débilmente, sin ninguna convicción.

Seguía ganando terreno. Sonreí con malicia.

—Lo sé. No lo es, pero...¿no estarías dispuesto a hacer una excepción en este caso especial?

Dejé que mi mano reptase por su muslo. Él cerró los ojos por un momento, luchando a brazo partido contra su ya incontenible deseo.

—Raquel, mira...entiende que soy tu casero. Esto...esto no está bien.

Su voz sonaba más a súplica que a protesta.

Mis labios se acercaron a su oreja. Expiré un poco, observando su reacción. No se apartó ni un milímetro. No se movió. Es más, estaba empezando a sonreír, pasado el shock inicial. Y yo estaba más y más caliente.

—¿No estarías dispuesto a hacer cualquier cosa para resolver este...problema?

Acerqué mis labios a los suyos, rozándolos, como una promesa de lo que podría venir. Estaba a punto de quemarme, jugando con una hoguera incandescente, y lo estaba deseando. Deseaba arder de una vez.

Él se había quedado sin palabras. Su respiración entrecortada seguía en conflicto con sus deseos y su sentido del deber. En ese momento se me ocurrió que podría tener una hija de mi edad, universitaria como yo. ¿Quién sabe? No sabía absolutamente nada de su vida, y prefería que siguiera siendo así.

Me miró de nuevo.

—Raquel...esto no está bien —repitió débilmente, aunque su resistencia ya se desvanecía.

—¿No estarías dispuesto a cualquier cosa por mantenerme aquí? ¿Por venir a follarme una vez al mes? ¿Por darme mi serio merecido?

Mi mano subió hasta su ingle. Lo acaricié sobre la tela y él resopló.

No hacía falta que me contestase. Sabía muy bien que ya había cedido. Esa promesa de lo desconocido era demasiado tentadora para resistirse. Jugueteó con su anillo de casado. Era demasiado tarde para quitárselo y para mí había sido absolutamente invisible hasta que él lo hizo girar en su dedo.

CAPÍTULO 3

Por un momento, se relajó. Se recostó en el sofá, muy interesado en observar mis movimientos. En realidad sí hacía falta que me contestase. Necesitaba asegurarme de que había entendido los términos y condiciones de nuestro “acuerdo”.

Me miraba embelesado, incapaz de creer que estuviese a punto de merendarse semejante manjar.

Me detuve un instante, esperando su respuesta.

—Haremos lo que tú quieras, Raquel. Pero quiero pensar que no haces esto solo para quedarte aquí, ¿verdad? No sé si soy muy bueno interpretando esas señales, pero desde el día en que te entregué las llaves he notado una especie de...conexión entre nosotros.

Deslicé una pierna por encima de su regazo. Estaba deseando sentarme sobre él, moverme arriba y abajo sobre ese bulto más que evidente. Frotarme. Calibrar su dureza.

—Yo también lo he notado.

Lo hice. Me senté encima de él, con mis tetas a la altura de su boca. Me acomodé sobre su sexo. Noté aquel montículo adaptándose a mi cuerpo como un guante. Él deslizó un dedo por mi hombro hasta encajarlo debajo de la tela de mi vestido. Lo retiró de mi hombro, dejándolo al descubierto. Lo besó despacio.

—Lo que quiero decir es que para mí es un privilegio que por un momento consideres... quiero decir, que me encuentres atractivo. Por supuesto, puedes quedarte aquí. Suspenderemos tus pagos por un tiempo indefinido. Y, faltaría más, me encantará visitarte. Siempre que quieras.

Todo era sutil. Sus palabras, quiero decir. Sus labios y su creciente erección no lo eran.

Empecé a moverme arriba y abajo sobre sus cadera, hundidos en aquel sofá. En cuanto me di cuenta de que iba a correrme enseguida si no paraba lo desmonté y me tumbé en el otro extremo, para que él viniese hasta mí. Cosa que hizo a la más mínima oportunidad.

—Dime, Raquel. ¿Cómo puedo satisfacerte? Qué necesitas... Yo...quiero servirte.

Aquellas palabras me provocaron una descarga de pura felicidad. Estaba cada vez más excitada. Pero no quería que me sirviese. Al menos no ese día. Quería servirlo yo a él. Servirle un buen plato.

—Cómeme. Entera.

El muy cabrón se relamió. Me subió la falda para admirar mis braguitas mínimas, casi ridículas de lo pequeñas que eran.

—No, espera, quiero verte desnuda. Voy a quitarte toda esa ropa.

Al principio era delicado, pero en cuanto apreció mis movimientos espasmódicos y bruscos, el casero sintió que debía “domarme”. Inmovilizarme un poco para que me estuviese quieta. Y eso era exactamente lo que yo necesitaba.

Me giré sobre mi pecho, ya en ropa interior, ofreciéndole mi culo, arrodillada sobre el sofá y con los antebrazos apoyados para no perder el equilibrio. Lo dejé maniobrar. Quería ver cómo se movía sobre mi cuerpo, como buscaba el camino hasta mi orgasmo.

Fue inesperado. Me bajó las braguitas, me agarró las caderas, y hundió su lengua en mi coño. Empezó a recoger los jugos y a relamerse con toda mi humedad.

—Deliciosa...nunca he probado un bombón como tú —dijo.

Estuvo mucho rato trabajando cada milímetro de mi coño. No se dejó ni uno solo de mis pliegues por recorrer, por chupar, mordisquear, lamer. Me hundió la lengua hasta el fondo, me penetró con ella, me folló con ella mientras yo me corría una y otra vez, más o menos en silencio; fabricando así mucho más flujo, que él lamía y tragaba con diligencia de nuevo. Al mismo tiempo, metía su mano derecha en sus calzoncillos y se masturbaba.

—Estás buenísima, Raquel. ¿Sabes una cosa? —dijo jadeante—. Si cuando salga por esa puerta cambias de idea y no volvieras a abrirla para mí, recordaré esto siempre. Siempre estaré excitado pensando en ti, y en como te estás entregando, en cómo me has ofrecido tu coñito...

Me incorporé y le desabroché la camisa. Debajo de la tela, tal y como había adivinado, había una alfombra perfecta de pelo canoso, tupido y suave, algo húmedo por el calor que nosotros mismos creábamos. Elevábamos la temperatura.

—Quiero que lo hagamos de pie, yo apoyada sobre el respaldo, tú desde atrás. Y quiero...

No me atrevía a decírselo. Tal vez eso se quedaría para un segundo encuentro, si es que se producía. No era tímida, pero no me atrevía a pedirle que fuese duro conmigo, que me gustaban las reprimendas, que quería que me jalase del pelo y que su mano cayese sobre mis glúteos en el momento adecuado. Suspiré. Ojalá.

Quería que adivinase todo eso.

Por eso, me revolví entre sus brazos en el momento en que me acarició con algo de dulzura.

—Shhhh. Lo sé. Lo sé muy bien. Eres una gatita salvaje. Y te gusta la disciplina, ¿verdad? Te gusta que te domestiquen. Y necesitas que te domestiquen. ¿Me equivoco?

Sí. Oh, sí,

Por fin, joder.

—Sí.

—Perfecto. Puedo hacer eso. Puedo sujetarte cuando te revuelvas. Porque vas a hacerlo, créeme, en cuanto empiece a follarte.

Se metió la mano en el paquete y se la sacó. Y entonces entendí sus palabras. Era enorme. No. No era solo grande. Era descomunal.

—Oh...

Estábamos de pie junto al sofá. Instintivamente, di un paso atrás.

—No temas, Raquel. Lo haré despacio. Te va a encantar, te lo prometo.

No lo dudaba. Era solo que tampoco tenía demasiada experiencia sexual y desde luego nunca había visto nada de ese tamaño. Iba a dolerme, estaba convencida. Pero por otra parte, lo estaba deseando.

Se acercó a mí y me agarró de nuevo de las caderas. Mis bragas se habían caído al suelo. No sé si de la impresión, y tampoco en qué momento exactamente. Di un pequeño salto y lo rodeé con mis piernas. Emilio me levantó a pulso. Colocó su polla sobre mi vientre y la toqué enseguida, mientras nuestras lenguas se enredaban. Era un primer contacto, quería rodearla con mi mano, sentir su tamaño, que iba en aumento...

¿En serio podía crecer aún más?

Ya estaba muy dura. Estaba listo para mí.

Me colocó sobre el respaldo del sofá. Aquel pobre sofá...

Me puso de pie de nuevo e hizo que me inclinase.

—Quiero lamerla —le dije, mientras me mordía el labio.

Él negó con la cabeza.

—Eso tendrá que ser otro día, Raquel.

Parpadeé. ¿Qué hombre se negaba a eso? Por la manera en que me agarró del brazo e hizo que me girase, supe que lo había entendido. Que quería que él tomase las riendas de una maldita vez y que me diese mi merecido. Mi merecido por haber sido una cría irresponsable, incapaz de controlar su dinero y de cumplir con lo acordado. Quería me castigo y lo quería ya.

—¡Aaaaaahhhhh! —grité.

No lo hizo desespacio.

En absoluto.

Las ganas le pudieron. Emilio se deshacía. Necesitaba metérmela de una vez y que mis carnes aprisionasen las suyas. Deslizó su descomunal polla entre mis piernas y se abrió paso en mi cuerpo como una deliciosa apisonadora.

El segundo grito fue de puro éxtasis. El primero de dolor.

Arañé el sofá negro de polipiel y los trocitos de tela se quedaron bajo mis uñas.

Emilio empezó a gemir.

Era imposible que el resto del edificio, incluidos sus buenos inquilinos, no nos estuviesen oyendo. Los imaginé con sus orejas pegados al suelo, a las finas paredes, explorando nuestro descomunal polvo y masturbándose.

Empezó el metesaca.

Sin compasión.

—Agggghhh, ohhh dios mío, Raquel. Menudo coñito más prieto. Estás buenísima. Ohhhhhh, dios, qué he hecho. Qué estoy haciendo. Qué he hecho para merecer este regalo.

Me sujetó de las caderas y me folló. Al principio torpemente, tratando de amoldarse a mi cuerpo, y después a su propio ritmo, obligando a que yo me amoldase al suyo, a sus tiempos, a sus embestidas.

Cuando se cansó de follarme por detrás salió de mí, me dio la vuelta y me encaró. Caímos sobre el sofá y él sobre mí.

—Quiero verte los ojos —me dijo—. Quiero ver cómo te corres otra vez. Antes, cuando te lo estaba comiendo, cuando estabas empapándome la boca, me lo he perdido. No quiero perderme ni uno solo de tus orgasmos. No quiero que seas discreta, que ahogues tus gritos de placer. Y antes lo has hecho.

Asentí.

—Vuelve a metérmela, por favor...—le supliqué.

Estaba moviéndome bajo su peso, retorciéndome para que volviésemos a encajar.

La paseó de nuevo por mi entrada húmeda hasta que encontró de nuevo el camino.

—Ponte encima de mí. Cabálgame —ordenó.

Nos giramos torpemente, pero hice exactamente lo que quería. Me senté de nuevo encima de sus caderas, insertándome con dificultad. Me perforaba de una manera que me obligó a detenerme unos segundos para respirar hondo. Cualquier residuo doloroso se evaporó en cuanto su lengua se encontró con mis pezones.

—Ohhhhhh...oh, Emilio. Eso me encanta.

Iba a ser así. Íbamos a ir descubriéndonos una vez al mes.

Entré en trance. Empecé a moverme arriba y abajo, deslizándome por su mástil, mientras él me lamía los pezones, mi punto débil, ya al descubierto. A medida que mi ritmo aumentaba y mis jadeos empezaban a intensificarse, noté cómo él se preparaba para correrse. ¿Lo haría dentro? Lo imaginé corriéndose abundantemente, embarazándose allí mismo, creando un nuevo

problema.

—Me corro —anuncié—. Estoy a punto. No puedo más.

—Vamos. Córrete para mí. Otra vez, nena. Hazlo otra vez. Empápame de nuevo.

Sus sucias palabras fueron gasolina para mi fuego. Me agarré al respaldo del sofá para no caerme, porque aquello no era un orgasmo, era un tsunami, o un huracán de esos que se llevan las casas construidas con materiales pobres como si fuesen de papel.

Tuve el mejor orgasmo que recuerdo.

Y lo tuve mientras Emilio deslizaba un dedo entre nuestros cuerpos sudorosos y frotaba mi clítoris con algo frío.

Era su alianza.

Me corrí encima de su anillo de casado, satisfecha, domesticada; consciente de que había ganado un mes de tranquilidad, un amante discreto y bien dotado, y el mejor sexo que tendría en mi vida.

Su orgasmo llegó dos segundos después. Él me siguió, manchando su sofá. Se corrió abundantemente, saliendo de mi cuerpo en el instante preciso y desparramándose en la tela negra y brillante.

Nos quedamos abrazados un rato, algo impropio, más inadecuado aún, totalmente al margen de nuestro “acuerdo”.

A partir del día siguiente empecé a mirar el calendario más a menudo. Era un almanaque que me habían regalado en la farmacia y que se sujetaba mediante imanes a mi nevera. No tachaba los días, pero sí los contaba.

Los días que faltaban hasta el siguiente día uno.

Hasta su próxima visita.

Lo curioso de todo es que han pasado ya unos meses y no me ha sobrevolado ni una sombra de arrepentimiento.

¿Me juzgará alguien por todo esto?, me pregunto cada día dos.

Y siempre pienso: no.

No... si no se lo contamos a nadie...

Haz clic en **“SEGUIR”** en [mi página de autora de Amazon](#) para recibir notificaciones sobre mis nuevos relatos.

También puedes apuntarte a mi lista de correo [aquí](#).

E-mail:
lenaluxeautora@hotmail.com

Títulos disponibles hasta la fecha:

El desconocido del metro
A solas con el director
Doble deseo
El hijo de mi mejor amiga
Homeless
Atraída por el profesor
Final feliz
Por fin sola con el comandante
Visita a la mansión
A oscuras
La mecánica del deseo
Juegos en la oficina